

EL AMIGO DE LA INFANCIA

N.º LVIII

MADRID 8 DE NOVIEMBRE DE 1931



LA ORACION A SANTA CLARA

LA ORACION A SANTA CLARA

Es costumbre entre las niñas de Inglaterra rogar a «santa Claudía» que las regale juguetes, los cuales cuida ella de dejar dentro de una media colocada «ad hoc».

Si la santa hace o no este milagro es lo que no dicen los hagiógrafos, pero que aparecen en la media muchos juguetes al despertar las niñas, es un hecho en que están contestes todas las interesadas.



VALOR DE LA INSTRUCCION

Un pedazo de hierro en su estado bruto no vale mucho ni es de mucha utilidad; pero cuanto más se trabaja más valioso se hace.

Una barra de hierro, que no vale cinco duros en su estado natural, vale, doce hecha herraduras.

Si se tornase en agujas su valor ha aumentado a 350 duros.

Hechas hojas de navaja, valdría 1.000 duros, y convertida en ruedas de reloj, su valor ascendería a más de 50.000 duros.

Pensad en esto, niños. Un pedazo de hierro, que comparativamente nada vale, puede transformarse en cosa tan valiosa.

El hierro tiene que pasar por un considerable número de operaciones, como ser amartillado, batido, amoldado, cortado y pulido.

Así, vosotros, si habéis de ser hombres útiles y educados, debéis sujetaros a un largo curso de estudios y educación.

Mientras más tiempo gastéis en el penoso estudio, mejor material seréis.

El hierro para hacerse herraduras no tiene que trabajarse ni la mitad de lo que se necesita para hacerlo ruedas de reloj; pero ¡pensad cuánto menos vale!

¿Qué queríais ser más bien, herradura o rueda de reloj?

Depende de vosotros mismos. Podéis llegar a ser lo que queráis.

No penséis que quiero haceros estudiar asiduamente todo el tiempo sin intervalos de diversión. Nada de eso. Quiero ver divertirse a los niños, y tendría pesar de que os hicierais viejos antes de tiempo; pero tenéis tiempo bastante para estudiar y jugar también, y no quiero que descuidéis lo primero por lo segundo.



UNO ENTRE CIENTO

En un invierno en que la tierra estaba cubierta de nieve y los pájaros no podían hallar comida para alimentarse, una niña hija de un rico avaro, recogía cuidadosamente todas las migas de pan que podía y las arrojaba sobre la nieve que alfombraba el jardín de su casa, para que las comiesen los pobres pajarillos.

Un día que su padre la sorprendió en esta ocupación, le dijo:

—Niña, ¿por qué haces eso? ¿Cómo no conoces que las migajas que arrojas no son suficientes para alimentar a uno por cada cien pajarillos?

—Sí, lo sé, papá —le dijo la niña— pero estoy contenta con salvar uno entre ciento, ya que no puedo salvarlos a todos.

Estas palabras hicieron pensar al padre de la niña en que había en la población muchos pobres a los que había negado

—Sin pensarlo un momento. Yo soy amigo antiguo de su padre de usted de V. la he visto casi nacer... en fin tengo la seguridad de que es usted honrada y lo repito, me batiría con quien asegurarse lo contrario.

—No se trata ahora de eso don Miguel, es quizás más grave mi situación,—dijo la infeliz Rosa con sus hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—Explíquese V.—murmuró don Miguel a quien el llanto de Rosa había enternecido,—explíquese V. y cuente conmigo.

—Pues bien, fio en su caballerosidad. Yo he tenido la debilidad de recibir de noche y en mi habitación al hombre a quien amo; no me arrepiento de ello porque haya olvidado él el proceder que como caballero corresponde, pero la fatalidad ha querido que esta noche le sobreviniese un inesperado accidente y he pasado por el dolor de verle expirar en mis brazos, y ahí está, muerto él y yo con el doble dolor de perder el amante y la honra.

—¿Y qué quiere V. de mí? ¿Quiere V. que prevenga a su padre de lo que ocurre y alcance su perdón?

—De ningún modo—repuso Rosa—lo que yo exijo de V. es que saque el cadáver de mi casa,

—Eso es muy grave; pero puesto que no hay otro remedio, así se hará.

Y el bueno de don Miguel se echó al hombro el cadáver, saltó otra vez el balcón y fuese a depositar aquél a la orilla del río Guaire, distante de aquel sitio unos seis metros; sacó un estoque que llevaba y con él dió tres o cuatro estocadas al ya rígido cuerpo del difunto a fin de hacer creer hubiese sido asesinado.

Al día siguiente de los sucesos que hemos relatado, toda la ciudad comentaba la ocurrencia de la noche anterior.

Todos creyeron que había sido asesinado el joven don Alvaro Iturbe y nadie sospechaba quien hubiera podido ser el asesino.

Los tribunales de justicia levantaron el cadáver y comenzaron a instruir diligencias en averiguación de las circunstancias del crimen; pero nada consiguieron y después de emplear mucho tiempo y de escribir algunos centenares de pliegos de papel sellado, se sobreseyó la causa por no recaer sospechas sobre nadie.

Sin embargo, la declaración de una vecina de la «Cuesta del Candilito» puso en un grave apuro a Rosa, que por fin pudo conjurar la tormenta que sobre su cabeza iba a estallar gracias a la abnegación del bondadoso don Miguel que se creyó obligado, consigo mismo, a salvar el honor de la hija de su amigo.

Sucedió, pues, que el juez de instrucción publicó un edicto por el que mandaba comparecer a prestar declaración sobre el suceso a todo aquel que algo supiese por lo que viniera el juzgado en conocimiento de la verdad.

Don Alvaro Iturbe era generalmente querido en la población y todas las gentes honradas estaban indignadas contra el asesino, así es que se presentaron algunas personas que aseguraban haberle visto a tal o cual hora, en tal o cual parte, noticias vagas todas y que tenían cuasísima importancia para el juez.

(Continuará).